



MERCADO DE SAN AGUSTIN (LA CORUÑA)

## ROSAS EN EL MAR

■ LUIS MARIA MURCIANO

A cercó el fino cristal del vaso a los labios y bebió el contenido hasta la última gota. Un escalofrío estremeció su cuerpo aún empapado de agua. Habían permanecido demasiado tiempo esperando en la bahía, mientras la lluvia y el oleaje golpeaban las embarcaciones haciendo crujir las amarras. Hasta las gaviotas habían huido de la tormenta, aleteando veloces sobre la espuma, paralelas al embravecido mar. Con un leve gesto, hizo entender al camarero que volviera a llenar el vaso. Sus amigos le miraron con seriedad. También sostenían en las manos una copa, pero no habían acumulado ninguna más en la barra. El camarero pasó la bayeta por el mostrador, ahuyentando a varias moscas que se agolpaban sobre las huellas de la humedad, y dio un paso atrás, con la mirada fija en aquellos hombres. Llevaban varios minutos sin abrir la boca, nada más que para beber. El murmullo de la radio y las voces de otras personas parecían dichas a media voz, para no romper del todo aquel silencio.

– Te he dicho que me pongas otra copa –dijo el hombre con voz grave sin poder disimular su enfado.

El camarero dudó unos segundos, mientras tiraba del cajón para cobrar a un cliente, y consideró inútil convencer a aquel pescador de que dejara de beber. Le miró detenidamente y vio como sus pupilas habían comenzado a dilatarse por los efectos del alcohol.

– Que sean tres –le secundaron los otros dejando de golpe los vasos en el mostrador– y rápido, para mañana es tarde.

Se arrepintió al punto de terminar la frase. Sin embargo, sus compañeros no le prestaron atención. El camarero llenó los vasos hasta el borde y se dirigió presuroso a la cocina, como si hubiera recordado algo importante. Los tres hombres volvieron a brindar y, entornando los párpados, bebieron.

– Bueno –dijo uno de ellos– ¿quién va a ir?

– Todos –fue la respuesta inmediata.

Era tarde. Debían marcharse, pero ninguno de ellos se movía. Parecían pegados al suelo, aunque al mismo tiempo temblaban impacientes, nerviosos, al igual que las moscas, que volvían a frotarse las patas sobre el pringoso mostrador, prestas a remontar el vuelo.

Carmen despertó feliz. Su último sueño vagaba por ese lugar impreciso de la memoria en el que aún podía optar por recordarlo u olvidarlo para siempre. Había soñado con el mar, de eso estaba segura. Incluso el paladar le sabía a agua salada. “Mar, Mario”, fue su primer pensamiento. Sentía el frío de la mañana en los huesos, y buscó el calor en las mantas que se hallaban a sus pies. Escuchó el golpear de la lluvia en los cristales de la ventana. Fueron sólo unos segundos, en los que, estremeciéndose, pensó en el placer de abandonarse de nuevo al sueño, pero su madre ya la estaba esperando. Saltó de la cama, tiritando mientras se arropaba con una bata. Salió a la luz de la cocina, y la vio allí, trajinando entre tazas y cacharros. Tras darle un beso, bostezó. Sobre la mesa había un plato de cerámica, descascarillado, con pescados fritos que habían sobrado de la noche anterior. La madre le acercó un tazón de leche. “Date prisa. Es tarde”, le dijo. Pero supo que aquella coletilla formaba parte del ritual de cada mañana. Estaba amaneciendo.

Cuando salieron a la oscura luz del día, Carmen miró el cielo cubierto por un manto de nubes grises, sintiendo el viento helado en el rostro. Pensó en Mario y suspiró, mientras se cogía del brazo de la madre, buscando el calor que le faltaba a su cuerpo. Anduvieron las calles, guareciéndose de la lluvia bajo los aleros de las casas, saludando a aquellos que, como ellas, madrugaban. Se santiguaron al pasar junto a la Iglesia de San Jorge y cuando llegaron al Mercado el bullicio del lugar les hizo sonreír. “Buenos Días”, decían madre e hija al unísono. “Y fríos”, contestó Marita desde su carnicería. “Y lluviosos”, dijo Pablo sacudiendo enérgicamente su paraguas. “Mala mar habrá hoy”, terminó Pedro, mientras alzaba la puerta metálica de su tienda. Aquello la sobresaltó, pero no dejó que el sentimiento se reflejara en su rostro. De repente, se acordó del sueño. “Mar, Mario”, “Marido”, pensó a la vez, y la idea le hizo liberarse del repentino nerviosismo, Mario y ella iban a casarse en los primeros días de abril, ya tenían acordado hasta el más mínimo detalle, incluso qué nombre le pondrían al primogénito.

Antes de subir las escaleras, paseó la vista por la planta baja del Mercado. Siempre le había gustado contemplar aquella imagen multicolor de frutas y verduras; naranjas, limones, lechugas, contrastaban con el color rojo de los tomates, y el de las zanahorias alineadas en los puestos



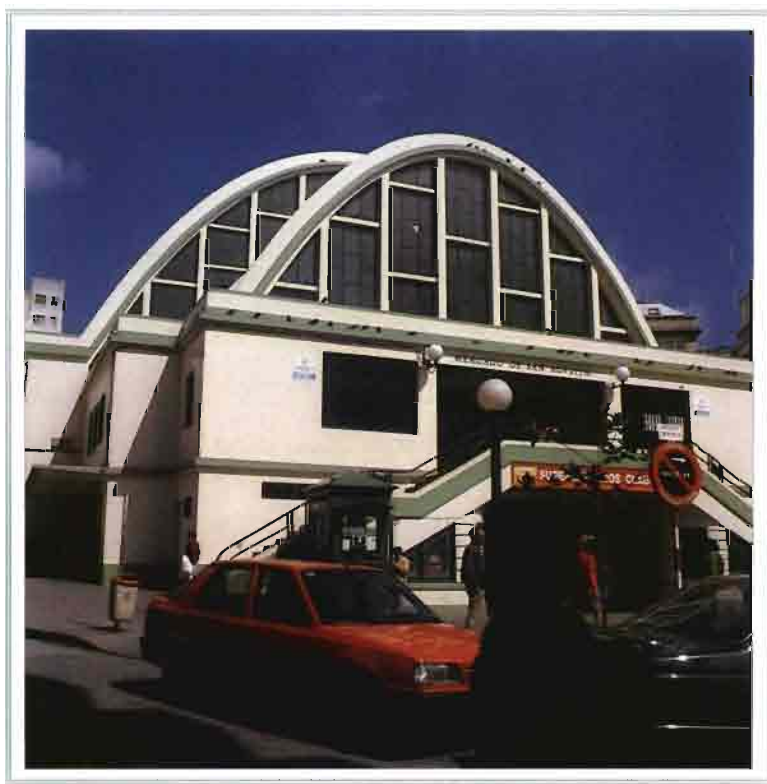
hasta el final de la nave. Había un viejo dicho en el Mercado, repetido día tras día, por el que se aseguraba que las frutas seguían creciendo en la mesa antes de ser comidas. En el piso de arriba, no habían tardado en contestar que los pescados que allí vendían, seguían siendo peces vivos en el plato.

Las hojas de laurel colgaban en grandes racimos. Los quesos cremosos ya estaban ordenados, dispuestos en la mesa. Los chorizos, los salchichones, las piernas de cordero, colgaban de los garfios en los puestos de alrededor. Algunas mujeres movían hábiles las tijeras, cortando con manos expertas la verdura, en tanto les sonreían al pasar. Al fin subieron a la planta superior, donde Fernando las esperaba con las cajas de pescado fresco apiladas a sus pies. Fernando era el que peor se había tomado la noticia de la boda de Carmen. Mario y él se conocían, habían jugado en los veranos de la infancia, lanzándose juntos desde las rocas de la playa de Riazor y ahora coincidían en el puerto casi todas las mañanas. Pero Fernando se había dado cuenta de que miraba a Carmen como algo más que a una amiga. Nunca se había atrevido a decirle lo que sentía y, quizás por ello, ahora debía resignarse a perderla para siempre. Su corazón latió enloquecido cuando la vio llegar. Fue a decirle algo, pero prefirió guardar silencio, concentrándose de nuevo en el pescado que descansaba en el suelo.

Tras saludarle, las mujeres se colocaron los delantales transparentes y se dispusieron a la tarea. Primero, esparcieron el hielo triturado sobre la tarima, hasta que el blanco manto de nieve apenas dejó ver la piedra. Luego distribuyeron la pesca según su tamaño. En lo más alto colocaron los besugos; boca arriba, el rape, mostrando su blanca carne. Debajo la bertorela, los abadejos, las fanecas, las doradas y los machos. En redes amarillas se agolpaban los mejillones, las almejas, los bígamos. En cajones aparte, las centollas, los camarones y percebes.

Una vez colocados, utilizó la manguera metálica para salpicar de agua el pescado y darle así el aspecto de estar recién salido del mar. Pronto abrirían el mercado. "Viernes, pensó Carmen. Trabajo duro. Compras para el fin de semana". Aun faltaban horas para que el reloj le concediera esos minutos de descanso en los que saldría con Fernando a tomar un café, y más aún hasta que Mario, una vez terminada la faena diaria, la fuera a recoger. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en Mario y en el sueño. Moviendo la cabeza repetidas veces, como le había enseñado su madre, alejó de la mente los malos pensamientos.

Mario despertó antes de que su padre, como hacía todas las mañanas, entrara a llamarle. Se levantó de la cama con los ojos semicerrados, y abrió la ventana del cuarto. Respiró hondo. Tal y como le habían enseñado desde que era un crío, se desperezaba oliendo el mar. "Si Dios hubiera querido que viviéramos en el agua,





le decía su padre, nos hubiera hecho peces. Por eso nos dio los sentidos, para que con ellos entendiéramos lo que el mar quiere decirnos". Su hijo, de pequeño, respiraba varias veces y a continuación le miraba confuso. "Es como una novia, insistía, a la que terminamos conociendo no sólo por su rostro, sino por su olor".

Mario sonrió al pensar en aquello. No lo había entendido hasta el primer día en que salió con Carmen. Se conocían desde niños, pero nunca se había fijado en ella, en su piel morena, en su boca grande y apetitosa. Cuando descubrió que la miraba con otros ojos, distintos a los de su niñez, tardó semanas en pedirle que le acompañara. Ambos compartieron el nerviosismo de la primera cita. Acostumbrados a hablar sin miedo, sintió cómo se le agolpaban las palabras en la garganta, mientras ella le miraba desde sus ojos azules sin atreverse a responder.

Más tarde, superada la excitación del primer encuentro, él pasaba su brazo por la espalda de ella, y apretándola con fuerza, la llevaba a contemplar el mar, dando largos paseos en los que le relataba viejas historias que su padre le había contado. Ella se emocionaba al oírle hablar de la Torre de Hércules, el faro romano desde donde podía verse en las claras mañanas de primavera una gaviota verde esmeralda posada sobre las olas; de la lluvia de estrellas en verano o de la música del viento. Aunque su relato favorito era el de las grutas secretas donde vivían sirenas, que, al contrario de lo que pensaba la gente, ayudaban a los pescadores en peligro, regalándoles incluso flores marinas que servían para enamorar.

Día tras día, después de despedirse, mientras la veía alejarse sin volver la cabeza, descubría que el aroma de ella permanecía en sus manos. Fue entonces cuando entendió las palabras del padre, seguro de que jamás borraría de sus dedos aquel olor a rosas abisales.

Se lavó despacio, como un gato. Primero las manos, la cara, las axilas. Del respaldo de la silla colgaban los pantalones y de un perchero clavado en la pared, su chaqueta. Cuando al fin introdujo su cabeza por la boca del jersey, negro, de lana gruesa, que la propia Carmen había tejido durante el otoño, su padre entró en la habitación para despertarle.

Ambos sonrieron. Salió en busca del amargo café que necesitaba para terminar de despabilarse y encontró la mesa dispuesta, con dos tazones humeantes en el centro y pan migado para acompañarlo. Bebieron en silencio.

– ¿Has olido el mar?, dijo al fin el padre.

– Sí –contestó Mario –, mala mar tenemos hoy. Y mala salida, seguro.

– Seguro –repitió el otro–, el cielo gris huele a tormenta, pero no es de temer. Lo importante es el viento. Este viento quita las ganas de embarcarse.

Las manos y los rostros de padre e hijo se movían lentamente. Apuraron sus tazas y en unos segundos recogieron la mesa. El se puso un gorro negro, también de lana, y su





padre la vieja gorra de la que nunca se separaba. Salieron al frío de la mañana. Algunas gaviotas, con sus gritos, parecían querer ser las primeras en saludarles desde el cielo color ceniza.

El camarero leía la prensa del día, aunque de vez en cuando levantaba la cabeza y observaba de reojo el quehacer de aquellos hombres. Ahora apoyaban sus codos en la barra, hablaban atropelladamente y sonreían con mirada triste. El humo de los cigarrillos envolvía el ambiente.

– Hay que seguir navegando. Esa es la ley del mar, –dijo uno de ellos con voz pastosa.

– Y bebiendo, –contestó el otro–. Camarero, ponnos la espuela, dijo golpeando el mostrador. Mira que eres lento.

El bar se había ido llenando a medida que pasaban los minutos. El rumor del principio se había convertido en un murmullo ronco, que ocultaba las voces de las otras conversaciones. Algunos les miraban al entrar y, tras cambiar unas palabras con el camarero, dejaban espacio suficiente en la barra. Sobre el mostrador estaban alineados varios platos con aperitivos de todas clases.

– Creo que habéis bebido suficiente –dijo el camarero ahora más confiado.

– No me interesa lo que creas, contestó el más serio de todos. Pon las tres copas o no nos vamos.

El hombre chistó con la lengua y volvió a coger la botella de la estantería que estaba a su espalda. Sirvió el orujo en los vasos y acercó uno más, para vestir el resto de la botella.

– Y esto que queda –dijo– me lo bebo yo. Y no pidáis más, porque no hay.

Brindaron y bebieron de golpe su contenido. Uno de ellos tarareó sonriendo los acordes de una vieja canción de borrachos. La sonrisa se hizo rictus y, luego, un gesto de preocupación.

– Es hora de irse – dijo.

El camarero les tomó la palabra, y enseguida les hizo saber lo que debían. Rebuscaron en los bolsillos con movimientos torpes. Incluso sonrieron al no atinar con el bolsillo de los chaquetones. Reunieron las monedas en el mostrador, y el hombre las fue cogiendo mientras las iba contando en voz alta.

– Esto os sobra, –dijo– empujando con la mano el resto.

– Es suyo, patrón, –contestaron. Por las molestias.

Las cogió una a una, y las echó en un bote de plástico transparente. Cuando se dio la vuelta, los tres hombres se habían marchado.

Mario había vuelto a echar las redes, que entraron en el agua perezosamente, con la esperanza de que en la siguiente sacada, pudieran llenar la estrecha cubierta de peces. La última vez que la izaran habían visto como un pececillo se retorció entre un puñado de algas podridas, intentando deshacerse de las mallas que le envolvían. Padre e hijo se miraron contrariados y volvieron a arrojarlo al mar.

La barca oscilaba de un lado a otro movida por el fuerte viento, y la lluvia había comenzado a caer, tímidamente primero, con furia después. No podían volver de vacío, y ello hacía que creciera su preocupación. El tiempo empeoraba por momentos. El fuerte oleaje hizo que ambos resbalaran y estuvieran a punto de perder el equilibrio. El padre sólo necesitó una mirada para advertir a Mario de que extremara el cuidado. El viento fuerte azotaba con violencia la embarcación y el agua entraba de proa a popa cubriendo a los hombres de espuma.

Mario contempló la mar, furiosa, cercana. El cielo plomizo se confundía en el horizonte con el verde oscuro del agua. Se pasó las manos por el rostro empapado de sudor y lluvia, sofocado por el continuo esfuerzo. Un golpe de mar provocó un ruido sordo en el costado de la barca, y casi le hizo salir despedido por la borda.

– Padre, agárrese fuerte, –gritó.

Volvió la cabeza pero no vio a nadie. No podía ser. Olvidándose de las redes, se incorporó el tiempo suficiente para otear a los lados en busca de una señal, de una esperanza que le trajera de nuevo a su padre. Nada. Con los músculos en tensión, hizo un último esfuerzo para gobernar el barco.

Creyó distinguir a lo lejos una mano. Una voz conocida que le llamaba. La desesperación, la angustia y el miedo, hicieron que se sintiera terriblemente fatigado e incapaz de sostenerse. Por ello dejó que la siguiente ola lo llevara hacia aquel rumor insistente. Pronto se vio envuelto entre las aguas, mientras braceaba, tratando de orientarse.

El agua salada le trajo el recuerdo de alguien. Carmen. Sí, ese era su olor. Tragó agua, así sabían sus besos. Debía buscar a su padre, pero antes descansaría entre aquellos brazos que ahora le envolvían, que rodeaban su cuerpo y lo cubrían de caricias.





Los tres hombres caminaban apesadumbrados, fijos los ojos en las imperfecciones del camino, pisando con cuidado para no resbalar. Sentían la frialdad del agua en el rostro, y el cosquilleo de las gotas que recorrían su piel. La lluvia parecía jugar con ellos, moviéndoles de un lado a otro, aunque fuera otro el motivo que les hacía tambalearse, vacilantes, como ánimas sin rumbo. Se cruzaron con algunas personas que, como si estuvieran huyendo, atravesaban apresuradas la Plaza de María Pita, silenciosa y desierta, buscando refugio de las gruesas gotas que caían. Las campanas de la Iglesia anunciaron el mediodía. Al fin intuyeron la mancha verde y blanca del Mercado, del que entraba y salía la gente cubierta con paraguas. Sólo las gaviotas permanecían ajenas a la lluvia, observando las calles desde el tejado del mercado. Llegaron hasta la entrada y sacudieron el agua de sus cabellos. Algunos les saludaron; otros les interrogaron sorprendidos, pero ellos no quisieron contestar ni siquiera a las burlas de los conocidos.

– Pero ¿de dónde os han pescado?, –dijo una mujer, asomando la cabeza entre las naranjas que decoraban su puesto. Anda, id al bar de al lado a tomar una taza de caldo, que menudo trancazo vais a pillar.

Aquello sí les hizo sonreír. Uno de ellos negó con la cabeza y siguió a los demás a su lento caminar. Sus ropas goteaban dejando una línea

de agua a sus espaldas. A medida que se acercaban, su andar se hizo más lento, cansino. Arrastraban los pies como si cada paso fuera el último que estuvieran dispuestos a dar. Subieron las escaleras torpemente. La gente se agolpaba ante el pescado, mientras se oía el regateo de las vendedoras.

– “Cosa buena, guapiña”. “Venga moza, llévate este para el Antón, y tendrás para hoy y para mañana”. “Si va caro es porque es bueno”, “cachos, los que quieras, que hoy van escogidos”.

Pudieron escuchar su canto antes de verla. Dejaron que terminara de tararear, y se quedaron plantados frente a ella. La sorpresa fue lo primero que vieron en los ojos de Carmen, pero un sexto sentido avisó a ésta de que no debía sonreír. Los conocía. Eran compañeros de Mario, faenaban con él.

– Carmen –dijo uno de ellos con voz entrecortada–, Mario y su padre, no volvieron esta mañana.

Ella con un gemido que brotó de lo más profundo de su alma, dejó caer el cuchillo que sostenía en una mano. Miró a su madre y se agarró a un cajón de pescados, a punto de desmayarse.

– Estuvimos esperando durante horas, pero habrá que aguardar hasta que la mar se calme. Hemos buscado por todas partes, sin resultado. Se le quebró la voz. No sé que decir, siguió el hombre, bajando la cabeza, pero no temas, eran..., digo, son buenos marineros.



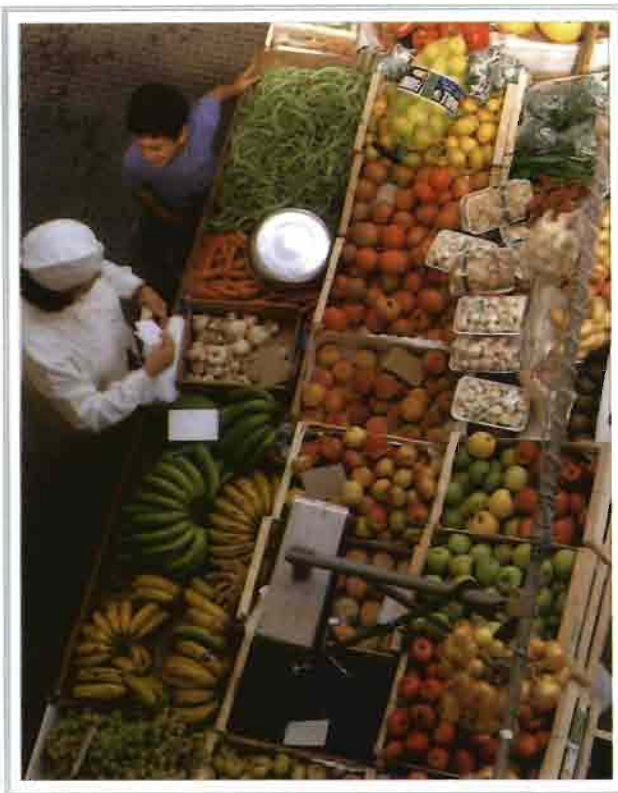
Fernando llegaba en ese momento con unas bolsas de frutas en sus manos. Se extrañó al ver aquella situación, con los tres pescadores parados frente al puesto. Carmen le vio y salió llorando a su encuentro. Abrió los brazos para recibirla, y no entendió por qué pasaba de largo, por qué le esquivaba y gritaba con todas sus fuerzas aquel nombre: "Mario". Lo comprendió después, al darse la vuelta, y ver al padre y al hijo quietos como estatuas. Parecían dos ahogados que se hubieran resistido a quedarse bajo el agua. Empapados, con los pantalones aún remangados hasta la rodilla, el padre llevaba por el brazo a Mario, y, con un pequeño empujón pareció entregárselo a Carmen, que le abrazó entre lágrimas.

– Aquí tienes a este loco, dijo al fin. Si no es por él nos hubiéramos ahogado los dos.

– Sólo tuve que seguir tu olor –dijo Mario entregándole a Carmen un ramo de flores marinas, que a ella le parecieron rosas rojas arrancadas del fondo del océano.

Y ni siquiera las cogió, por no romper el abrazo, mientras el mar seguía su ir y venir, desbordándose en sus ojos. □

LUIS MARIA MURCIANO  
ESCRITOR



## MERCADO DE SAN AGUSTIN (LA CORUÑA)

El Mercado de San Agustín está situado en pleno centro de La Coruña, junto a la plaza de María Pita. La entrada principal se encuentra en la calle que da nombre al Mercado. El edificio se construyó en la primera década de este siglo, para albergar instalaciones militares. Durante la guerra civil española se utilizó, entre otras cosas, como almacén e incluso como hospital.

En los años 40 abrió sus puertas como Mercado de Abastos. En la actualidad tiene 300 puestos, todos ellos ocupados por minoristas de productos perecederos. Ha pasado ya por dos remodelaciones importantes. En la primera, en 1985, se acondicionó la planta baja, dedicada a frutas y hortalizas, y carnicerías.

En la segunda, realizada en 1993, se modernizaron las instalaciones de las pescaderías, ubicadas en la primera planta. Además, el Mercado cuenta con un entresuelo en el que se venden los productos de panadería, pastelería y flores. En la planta sótano está instalado un supermercado.

El Mercado de San Agustín es, junto con el Mercado de la Plaza de Lugo, uno de los más tradicionales y populares de La Coruña. El edificio está oficialmente catalogado como "singular" y se encuentra protegido.